Cien suicidios

Julieta Reina

Image not found.

Capítulo 1

Al recuperar la conciencia creí que me había desmayado, y aunque me preocupara un punzante dolor en la cabeza, me sentía demasiado abrumada para actuar en consecuencia.

Respiré profundo y distinguí un aroma muy humano en el aire. Mi cuerpo reposaba inerte en el suelo, pero yo me sentía flotar en una suave marea con el hipnótico ronronear de los ruidos externos y la frescura del entorno. Mis músculos se contrajeron en un impulso por el cual me senté, usando las manos como soporte. Las sentí deslizarse, apenas, por el charco de sangre bajo mi cuerpo. Me incorporé tambaleante y muy mareada por el olor añejo de la vida, mezclado con humo de tabaco. Caminé unos pasos lentos y torpes hasta que mi cuerpo se volvió a sentir propio. Mis ojos volvieron a ver con claridad cuando mi cabeza dejó de dar vueltas y allí, a medio camino hacia ningún lugar miré por primera vez donde me encontraba.

La habitación tenia cuatro paredes, tres de ellas salpicadas de rojo, una pequeña ventana casi llegando al techo y una puerta. El piso de baldosas estaba resbaloso y de un color indescifrable. Un gran pedazo de papel tapiz colgaba rasgado desde el techo, donde un foco iluminaba tenue y sombríamente.

Mi primer instinto fue acercarme a la puerta, pero tras varios deslices y traspiés entendí que no sería fácil. Una vez que mis entumecidas manos accionaron el picaporte la puerta cedió con un sutil chasquido, dando paso a una habitación de gran tamaño con paredes, piso y techo blancos, únicamente decorada por unos cuadros románticos. Me tomé más que el tiempo necesario para examinar la habitación desde la puerta. En parte porque esta era espeluznantemente prolija y en parte porque me costaba avanzar. Al otro lado de la habitación grande había una puerta entre abierta, y en el centro, un sillón también blanco frente a una pantalla. Caminé lentamente hasta el sillón, pretendiendo descansar en él unos minutos, pero apenas me senté la pantalla se encendió. En ella me vi a mi misma como en un sueño.

"Caminaba con los pies descalzos en aquella laguna de aguas turbias. Mis pies se hundían en el pegajoso fango mientras el agua mojaba ya mis rodillas. Era difícil ver con toda la oscuridad que me rodeaba, pero tenía el presentimiento de que el camino sería largo. Despegué mis pies del fondo que me consumía los tobillos y avancé sobre las aguas que me alcanzaba la cadera. Sabía con seguridad que debía continuar, sin hacer caso al frío, a la oscuridad o al miedo. Lo sabía porque las voces en mi cabeza me lo habían dicho.

Levanté los brazos para sentir que no me estaba hundiendo, quizás mi cabeza estuviera sumergida y mis rodillas plantadas, pero mis voces me alimentaban, me decían que ya habían estado aquí y que habían sobrevivido. Entonces flexioné mi cuerpo adoptando una posición fetal y apoyé mi mejilla en el fango, y me dejé mecer por la corriente. Confío en mis voces porque llevan en mi mente más tiempo que yo.

La corriente me empuja y hago un intento de sostenerme de las rodillas completamente en vano. Mi columna se estira y cada una de mis vertebras se apoya en el fondo de la laguna, entonces uso mis brazos para impulsar mi cuerpo, pero mientras más fuerza hago más me hundo, y ahora mis brazos como mis piernas están atrapados."

Me removí incomoda en el sillón, pero aún estaba demasiado débil como para seguir adelante. Miré a un lado y a otro de la habitación: todo parecía pacifico hasta que la pantalla se accionó otra vez.

"Movía mis brazos forzándolos a avanzar en el frío océano, mientras el esfuerzo desgarraba mi aún palpitante corazón. Mis manos ya eran hielo y un par de uñas se habían zafado de mis dedos. Solo la fuerza de voluntad me permitía moverme en aquellas turbias aguas. Mis brazos se tornaban cada vez más pesados y mi piel perdía su pigmento. Mis ojos no veían, mi cuerpo no sentía, pero mis oídos seguían escuchando los suspiros de mi alma. Poco a poco me iba deteniendo, ya que mis piernas congeladas se reusaban a continuar. Quizás para no alargar la agonía de mi derrota, o quizás para descansar. Si ellas frenaban todo estaría perdido. Así lo estaba.

Brazos y piernas se detienen al mismo tiempo y el poco calor que queda en mi cuerpo no llega siquiera a mis pulmones que al respirar me apuñalan con estacas de hielo."

Y una vez más, sentada en ese lugar irremediablemente atraída a ver las atrocidades que me eran reveladas.

"Seguí caminando por más que me pesaran las piernas, por más que me ardieran las heridas. Cada vez avanzaba menos, cada paso era más agonizante, cada latido de mi corazón era más lento, más pausado, más desesperado.

Mis oídos apenas notaban el sonido de mi sangre contra los cristales del suelo. Luchaba por seguir respirando aunque mis pulmones ardieran igual que un hierro al rojo vivo, mientras que la poca sangre que quedaba en mis venas fluía como el más seco de los venenos.

Mi fugaz intento de dar otro paso terminó derrocándome, caí de rodillas sobre los cristales. Mientras unos perforaban mi piel, tan delicados como

espinas de rosa, otros despedazaban mis ya abiertas heridas.

Volví a pararme lentamente, pero mientras estiraba las rodillas aquellos ruines infiltrados se encargaban de destruir mi carne y abrir nuevas escapatorias para la vida que aún quedaba fluyendo cansadamente por mi cuerpo. Tomé una bocanada de aire que heló mi garganta dificultando aún más mi respirar. Volví a levantar mis descalzos y lastimados pies, que lloraban lágrimas de sangre."

Esta vez me levanté y caminé hasta el otro extremo de la habitación intentando así detener las imágenes que se reproducían, una y otra vez distintos escenarios de completa desesperanza. Cerré los ojos en un vago intento por reprimir la presión que sentía en la cabeza pero cada segundo que pasaba, mis sentidos regresaban, frío, dolor, miedo, ansiedad, desesperación, adrenalina, sangre, todo estaba cubierto de sangre. Una sensación de peligro surgió en mi cabeza y se apoderó de todo mi cuerpo. Miré a mi alrededor en busca de algo que no existía y pegué la espalda a la pared, haciendo que mi camisa empapada se pegara a mi cuerpo en una helada y repugnante caricia.

Corrí, a través de la habitación blanca, por un pasillo angosto y bajando largas y empinadas escaleras hasta quedar frente a frente con un espejo. Mi imagen me retuvo, mi ropa salpicada en el frente, mi piel mucho más pálida de lo normal y mi pelo suelto caía en mechones desprolijos y empapados hasta mis hombros. Permanecí un momento más escrutando mis ojos irritados y la sangre seca en mis labios, parpadeé repetidas veces incrementando el ardor que sentía hasta que unos gritos me distrajeron de mi tortuosa tarea.

A unos diez metros se alzaba un arco de medio punto que conectaba la sala del espejo con otras dos puertas. Me acerqué guiada por el crudo sonido que a cada paso se me hacía más familiar. Al abrir la puerta sentí que esta emitía calor y al mirar dentro me arrepentí. El calor del ambiente me golpeó la piel como una ráfaga de ira, era tan intenso que en un instante me sentí muy pesada.

Me vi arder en la bañera mientras efectuaba una danza sin sentido que iluminaba todo el baño. Mi piel se achicharraba y ennegrecía, mis ojos se derretían y mi voz de a poco se ahogaba mientras el fuego me consumía. Cerré la puerta desbordando lágrimas, la sostuve hasta que comencé a quemarme los dedos y entonces me aparte con un sabor amargo en la boca.

Estaba completamente desorientada. Aunque lo intentara no recordaba nada de lo que me había pasado, como había llegado a esa casa, a ese charco o a ese baño. Entonces ví la segunda puerta y esperé encontrar alguna respuesta atravesándola. Efectivamente, allí estaba yo, sentada en la mesa de la cocina jugueteando con un 'magic clic' en una mano y una

botella de alcohol en la otra.

- ¿Qué hiciste? - Me pregunté.

- Todas lo hicimos - Respondí desde la mesa.

No pude soportar esa respuesta, cerré la puerta detrás de mi con un sonoro portazo y camine hacia atrás para asegurarme de que no me siguiera, fue cuestión de pasos toparme conmigo misma por tercera vez. Mi alter ego tenía un vestido negro y el pelo trenzado, sostenía dos frascos de píldoras vacíos y caminaba con un aire asustado mientras lloraba y repetía que la ultima dosis estaba perdida. Continuó alejándose sin más hasta desaparecer por un pasillo.

En cuanto a mi, ya no estaba mareada, caminar no me costaba, respirar, escuchar, llorar, gritar no me preocupaba, pero algo dentro de mi crecía.

Volví frente al espejo pero esta vez no me reflejaba, el marco de madera tallada se erguía mientras que fragmentos del cristal se hallaban esparcidos por el piso. Subí las escaleras que me habían conducido a ese lugar y apoyada contra la baranda me vi. Vestía sencillamente y sostenía un cigarrillo, si bien su presencia me intrigaba, ya no quería ni dirigirme la palabra. Por desgracia al pasar por mi lado mi brazo fue sujetado.

- Me dijeron que fumar me mataría - dijo mi alter ego, y acto seguido me soltó. Sin embargo sostuve su mirada un momento y aprendí lo que era el vacío.

Subí otro tramo de escaleras sorteando atados de cigarrillos que había tirados y volteé para mirar el camino recorrido. Repetí este proceso un par de veces, y fue en el cuarto descanso donde volví a encontrarme conmigo. Quedé petrificada al verme muerta en el suelo y después un momento de espánto pude tranquilizarme lo suficiente para acercarme y efectivamente ver. Esta vez llevaba un disfraz que fácilmente se confundiría con un pijama y en una mano sostenía el frasco vacío con la ultima dosis perdida. A esta altura llegué a considerar el ir en busca de mi alter ego errante para calmar su pena. Sin embargo, yo también erraba y por eso seguí subiendo escaleras. Una vez inmersa en la monotonía de las escaleras mi cuerpo se comenzó a relajar, mi mente fluía serena, un hormigueo me recorrió la espalda, era casi como estar dormida.

Entonces vi una puerta pequeña a mi derecha y salí del trance en el que había caído. Abrí la puerta y me encontré con un cuarto pequeño a su vez con suelo de madera. Ahí estaba yo, sentada mientras reposaba la espalda en una pared violeta, con el techo a escasos centímetros de la cabeza. Tenía las piernas estiradas y los brazos a ambos lados del cuerpo. El brazo izquierdo lucía un corte vertical desde la base de la muñeca hasta la mitad del antebrazo, de la herida brotaba mucha sangre y parte de la

misma era absorbida por la madera. El derecho por su parte tenía un par de líneas sangrantes y montones de cicatrices pero la mano era lo que más resaltaba pues un fragmento del espejo su rostro reflejaba.

Antes de morir me sonreí. No quise abandonar la escena, miré todo con cierto recelo, el charco, la mirada perdida, el fragmento que tras ser liberado se rompió en pequeños pedazos testigos del dolor, la melena castaña cayendo hasta el suelo. Tan quieta, tan tranquila, tan inerte, tan pacífica. Pero entonces, giró su cabeza y me miró. Mi cuerpo se echó hacia atrás por instinto y el miedo activó todas mis alertas otra vez. Mi otro yo se levantó, siendo su cuerpo, el que se había levantado, igual al que yacía desangrado. Nos miramos fijo, casi sin parpadear, hasta que finalmente comprendí. Llevé una de mis manos hasta el lugar que me dolía en la cabeza y al encontrar el espacio permití que uno de mis dedos penetrara en mi cráneo.

Dejé la pequeña habitación tras cerrar la puerta, y corrí escaleras arriba, sin detenerme por el pasillo estrecho, a través de la habitación blanca para finalmente caer de rodillas frente a frente conmigo misma, recostada en las baldosas ensangrentadas con un revólver en la quijada.

Julieta Reina.